

JOSÉ RAFAEL LEÓN

El domingo, 24 de agosto, murió en esta ciudad el joven alumno del Colegio cuyo nombre acabamos de escribir.

Nació de familia cristiana en Fómeque, departamento de Cundinamarca, y sus padres le dieron la primera educación, más que con palabras, con irreprochables ejemplos.

Cursó los ramos elementales del saber en su tierra natal, y de allí vino al Seminario de Bogotá, donde estudió humanidades, haciéndose querer y estimar de superiores y condiscípulos. No sintiéndose llamado al sacerdocio, pasó al Colegio del Rosario en calidad de convictor (interno pensionado). Aquí aprendió filosofía y ciencias naturales y alcanzó el grado de bachiller. Entró a la facultad de jurisprudencia del Claustro, donde estaba oyendo el segundo año.

Era LEÓN un estudiante de intachable conducta y porte, suave en sus maneras, que si de algo pecaban era de reservadas y tímidas, y de una tenacidad en el estudio que acaso coadyuvó a su temprano fin. Era piadosísimo y muy amante de la Virgen Santísima. Se lo llevó Dios después de fortificarlo con todos los sacramentos y auxilios de la Iglesia, como dice la Escritura, "para que la malicia no le mudara el entendimiento, ni las ficciones del mundo le engañasen el alma."

Nosotros hemos deplorado su muerte, sentido su ausencia, orado por su alma; y damos en estas páginas a los afligidos padres de JOSÉ RAFAEL LEÓN nuestro pésame más cordial y sentido.

La gran semana de Bogotá

Uno de nuestros catedráticos nos ha brindado copia de la carta escrita por él al doctor Hernando Holguín y Caro sobre el Congreso Eucarístico. Esto dará a nuestros lecto-

res de fuera de la capital una idea bastante clara de lo que ha pasado entre nosotros.

Bogotá, 15 de septiembre de 1913

Señor doctor Hernando Holguín y Caro—París.

Muy estimado amigo :

Me apresuro a darle cuenta de nuestro Congreso Eucarístico, que terminó ayer tarde con solemnidad no esperada. Es una de las pocas veces en que la realidad ha superado a los más fantásticos ideales.

Asistieron al Congreso dos arzobispos, siete obispos, el Encargado de Negocios de la Santa Sede, más de cuatrocientos sacerdotes y de sesenta a ochenta mil forasteros.

Estos fueron llegando con sus obispos y párrocos a la cabeza; muchos entraron en procesión con banderas desplegadas y cantando himnos. El señor Obispo de Ibagué entró con una peregrinación de mil tolimenses, y de sólo Boyacá vinieron setenta curas párrocos presidiendo a sus feligreses.

Durante los siete días todas las casas de la ciudad estuvieron adornadas de flores y de banderas colombianas y pontificias. En la mayoría aquello era un testimonio de amor a la Sagrada Eucaristía; en los demás, un homenaje de respeto que los católicos hemos sabido agradecer.

El inmenso gentío circulaba día y noche por las calles, y en todos los rostros se pintaban la paz y la alegría. No hubo que deplorar en toda la semana ni el más insignificante desorden.

En muchas iglesias celebraron simultáneamente las cuarenta horas, y en todas, inclusive Monserrate y Guadalupe, un día de exposición. Cada iglesia y capilla estaba adornada, como si ella sólo existiera en Bogotá, como si a verla a ella hubieran venido desde los extremos de la república.

En la Catedral, alumbrada por miles de bombillos de luz eléctrica, estuvo Nuestro Amo patente noche y día, y

por privilegio pontificio se dijeron misas desde la una de la mañana hasta las doce del día en todos los altares de la iglesia, donde se daba sin descanso la sagrada comunión. El doctor Carlos Cortés Lee predicó en la Catedral, en las misas pontificales, tres incomparables sermones.

Las señoras del Comité central invitaron a todas las damas de la ciudad a asistir a las funciones del Congreso dentro de la iglesia, con traje negro y mantilla o rebozo, y ni una sola mujer faltó a la consigna. Todas ellas y también los hombres, desde los obispos y el Presidente de la República, lucían en el pecho la medalla del Congreso, atada con cinta tricolor.

El lunes 8, a las diez de la mañana, se inauguró el Congreso. Los obispos, y el clero, en procesión, fueron a llevar al Señor Arzobispo Primado bajo palio del palacio a la Catedral. Era un fragmento de las grandes ceremonias del Vaticano. Cuando entró el Primado a la Basílica y se pusieron en pie el Presidente y sus ministros, todos los miembros de las cámaras legislativas y tres mil espectadores, todos con medalla eucarística, y estalló el himno grandioso compuesto por el presbítero doctor Carlos Umaña, acompañado del órgano y de instrumentos de cobre y ejecutado por centenares de voces de niños y de adultos, se sintió en el templo la majestad de Dios.

El Ilustrísimo Señor Herrera subió al púlpito con capa y mitra, y al verle la cabeza blanca, el rostro de marfil, las manos trémulas de emoción, y al oírle la voz embargada de gratitud y ternura, se vinieron a las mentes de los espectadores las figuras de los grandes obispos de los tiempos primitivos: San Ambrosio, San Paulino, San Remigio.

El martes 9, a la misma hora, inauguró las exposiciones artísticas el señor Presidente de la República, y don Jorge Holguín pronunció un bello y piadoso discurso.

La exposición de trabajos de las señoras se verificó en el pabellón principal del bosque del Centenario. La orga-

nizó una junta de señoras presididas por doña Sofía Holguín de Koppel. Desde el techo hasta el suelo aquello es un Niágara de encajes bordados, oro y pedrería; y hay trabajos de Bogotá y Popayán, del Valle del Cauca y de las ciudades de la Costa, de las poblaciones de Santander y Boyacá, de Antioquia y Caldas.

En el pabellón de Bellas Artes arregló la exposición de arte religioso antiguo, nuestro famoso pintor Ricardo Acebedo Bernal, ayudado de otros eximios profesores. Se sentía en aquel recinto un ambiente de místico recogimiento, como en catedral gótica solitaria. Se veían vírgenes bizantinas que formaban contraste con los vivos colores de seis u ocho cuadros de los grandes maestros del Renacimiento: la Magdalena de Guido Reni, un cristo de Rivera, la Pietá de Caravaggio, el precioso calvario de Van Dick. Contrastaban con las predichas joyas, por el asunto y colorido, un bodegón de Rubens, las Princesas de Mengs y una cocina holandesa de ignoto autor.

Combinadas con las pinturas europeas se exhibían las obras maestras de nuestros dos grandes pintores del siglo diez y siete, Vásquez de Ceballos y Caballero. Los extranjeros inteligentes han encontrado interesantísima esta exposición. En tres salones del hospicio se mostraron al público las labores de las comunidades religiosas, que son milagros de paciencia, delicadeza y buen gusto.

El miércoles 10 tuvo lugar la primera comunión de cuatro mil niños, pertenecientes a todas las clases sociales. Los hombrecitos iban vestidos con uniformes semejantes a los que regalaron las señoras colombianas residentes en París, y las niñas con el traje tradicional de blanca holandesa. Los colocaron en la Catedral en filas desde los cancelos hasta el altar, en todas tres naves, y a tiempo de la comunión, el Señor Arzobispo y veinte sacerdotes más, bajaron a lo largo de las filas, distribuyendo el pan de los ángeles. Los padres y madres de los niños ocuparon las capillas y

comulgaron también. A las dos de la tarde salieron los comulgantes en procesión de la plaza de Bolívar al parque del Centenario: cada niño llevaba una bandera; y cada escuela, colegio, catecismo, iba conduciendo en hombros de los niños y niñas unas minúsculas andas con sendas estatuas del Niño Dios: unos acostados, sentados en sillitas doradas otros, los de más allá en pie, en actitud de bendecir. Todos los niños iban cantando al són de las bandas militares. En el Bosque, el Señor Arzobispo les habló y ellos renovaron los votos del bautismo. Sé de algunos espectadores incrédulos o disipados, que, movidos por aquella escena, fueron a confesarse esa tarde.

A las señoras les tocó su turno el viernes y desfilaron por miles desde la iglesia de San Ignacio hasta el templo del Corazón de Jesús.

Las asambleas generales requieren capítulo aparte. Se celebraron en el patio de San Bartolomé, convertido por los padres jesuitas, a quienes se debe en mucha parte el éxito del Congreso, en espléndido salón, capaz para cuatro mil personas. En las asambleas se oyeron las voces doctas, piadosas y elocuentísimas de los señores Miguel Abadía Méndez, Antonio Gómez Restrepo, Emilio Ferrero, Antonio José Uribe, Marco Fidel Suárez, Presbítero Juan Crisóstomo García, José Vicente Concha e Ilustrísimo Eduardo Maldonado Calvo, Obispo de Tunja. ¡Qué ocasión para el futuro Presidente de Colombia de presentar un programa de gobierno netamente católico y por consiguiente justo y libre! ¡Y qué bien la supo aprovechar el doctor Concha! A él y al señor Suárez les hizo el público una magnífica ovación.

Y faltan las sesiones literarias de escuelas, colegios, sociedades y academias. Usted verá en nuestra Revista el homenaje que el Rosario tributó al Señor Sacramentado. No le he hablado tampoco de las asambleas particulares, sacerdotales, de propaganda, de prensa, de acción social obrera, de apostolado femenino, de educación cristiana. Los

votos muy importantes aprobados en ellos se publicarán, según me informan, dentro de poco.

El domingo se festejó, en la Catedral, el centenario del Edicto de Milán, dictado por Constantino el Grande y que dio libertad a la Iglesia. Fue la más solemne de las funciones del Congreso. El doctor Carrasquilla pronunció la breve y enérgica oración que, en un recorte, le incluyo.

¡La Procesión del domingo! Quizá pueda decirle algo de lo que vimos, imposible expresarle nada de lo que sentimos. Recorrió tres kilómetros en las carreras séptima y octava. No hubo en la multitud que colmaba las aceras, gentes que mudaran de sitio, ni una cabeza cubierta, ni una sonrisa profana, ni una mirada indiscreta a las señoras, vestidas todas de negro, en la actitud que se observa en el momento de la elevación de la misa y que colmaban ventanas y balcones y palcos contruidos a los costados de los parques. No había ojos que no estuvieran cuajados de lágrimas, y donde no se oían músicas ni cantos, se escuchaba murmullo de mal comprimidos sollozos.

No le puedo describir el desfile. Vea el programa de la procesión, que se cumplió suntuosamente hasta el último detalle. Entre la última imagen y el Santísimo Sacramento mediaban cuatro cuadras, ocupadas por el seminario, el clero y los obispos. En pos del último prelado iban doce niños—los seises de Sevilla—con los vestidos auténticos, maravillosamente ensayados por un padre jesuita, que fue uno de ellos en España hace cuarenta años. Después cuatro generales del ejército con espadas desenvainadas y de grande uniforme, y en seguida la carroza de Nuestro Amo.

Se construyó expresamente para la solemnidad y no la habría desdeñado, para hacer una entrada triunfal, ningún poderoso soberano. Era todo plata, oro, tisú y terciopelo, entre un bosque de finísimas flores. En la carroza iban el Arzobispo Primado y otros dos obispos en adoración ante el Santísimo. Y el Señor Sacramentado se ostentaba a cinco metros de altura en la custodia preciosa de la Catedral,

radiante de piedras preciosas. Seis caballos blancos, ricamente enjaezados, tiraban del coche, llevados de las bridas por seis jóvenes de familias distinguidas, vestidos de pajes a lo Luis XV.

Delante del Santísimo iban ambas cámaras del Congreso, la Corte Suprema y las demás altas autoridades, a los lados los canónigos, dos sacerdotes que llevaban grandes abanicos de plumas de avestruz, semejantes a los que se ven a los lados del Papa cuando va en sedia gestatoria, y otros seis eclesiásticos con hachones encendidos en las manos. Detrás de la carroza, el Presidente de la República y sus ministros. Monseñor Cortesi, con traje prelaticio, iba en medio de dos capellanes. Cerraba el desfile un piquete de caballería, lujosamente uniformado.

Estará usted imaginando esta escena a la luz del sol, en un día claro de septiembre. No, mi querido amigo: todo sucedió bajo una lluvia tenaz, incesante, que nos caló hasta los huesos. Y ni un acompañante, ni un espectador abandonó su puesto. Al Presidente de la República y a Monseñor Cortesi se les ofreció un carruaje o siquiera el abrigo de un paraguas, y ambos lo rehusaron.

Volvió la carroza al atrio, frente a las puertas de la Basílica; el señor Arzobispo se adelantó y, bajo la lluvia torrencial, levantó la custodia. Reinó silencio sepulcral. El concurso se postró en la plaza, a pesar de que el agua corría por ella. Una, dos, tres veces, la custodia trazó la señal de la cruz, y entonces estalló, unánime, incontenible, un clamor de miles de miles de pechos: ¡Viva Jesús Sacramentado! ¡Viva Nuestro Unico Amo! ¡Viva el Dios de Colombia!

Se cantó luego, en la Catedral, un *Tedeum*, no indigno de Perosi, del Maestro Carlos Umaña, y se reservó el Santísimo. Eran las cinco de la tarde.....

De usted afectísimo servidor y amigo,
